

MIQUEL PUIG

LA GRAN ESTAFA

Una propuesta económica
para sacar a España
de la mediocridad

PASADO & PRESENTE

PASADO & PRESENTE
BARCELONA

ÍNDICE

<i>Preámbulo. La gran estafa</i>	9
<i>Qué se puede esperar de la lectura de este libro</i>	11

PRIMERA PARTE

PAÍSES BUENOS Y PAÍSES NO TAN BUENOS

1. UNA MÉTRICA DE LA DECENCIA.....	15
Qué es un «buen país»	15
La prosperidad.....	16
La equidad.....	23
Lo que trato de construir	32
La medida de la prosperidad	36
La medida de la equidad	39
El mapa de Occidente.....	44
2. ESPAÑA, UN PAÍS DESIGUAL POR ABAJO.....	53
Las causas de nuestra desigualdad	55
El paro español.....	58
Una estructura laboral desequilibrada	61
Un mal insólito y que va a más.....	64
El mal tiene mal remedio	66
3. UN PAÍS CON LAS PRIORIDADES EQUIVOCADAS	70
La política económica española, una historia de éxitos.....	70

La política económica española, la historia de un fracaso	74
Por qué la política económica ha sido al mismo tiempo un éxito y un fracaso	75
España, un país poco productivo porque confunde el PIB con el PIB <i>per capita</i>	78
La ley de Molins	82
4. ¿POR QUÉ SOMOS UN PAÍS DE SALARIOS BAJOS?	86
La respuesta convencional no explica nuestro caso	86
La teoría ortodoxa	87
La ley de hierro de los salarios	93
Cuatro estrategias respecto a los salarios bajos	96
Algunos malentendidos sobre el salario mínimo y cuál es su principal razón de ser	104
Las teorías no son inocuas	106

SEGUNDA PARTE

LA INSOSTENIBILIDAD DEL MODELO DE BAJA PRODUCTIVIDAD

5. ¿QUÉ VA A SER DE MI PENSIÓN?	111
El estado del bienestar capitalista	111
La sostenibilidad del sistema	116
Los números del pensionista «normal»	118
La factura demográfica	121
La productividad importa	124
La factura de la precariedad	128
¿Puede ser la solución subir impuestos?	129
El futuro de las pensiones: demografía, paro y productividad	130
6. LA INSOSTENIBILIDAD DEL BIENESTAR Y LA INEFICIENCIA DE LOS SALARIOS BAJOS	132
El estado del bienestar comunista	132

Los números del mileurista «normal»	133
Un mal negocio	134
La ineficiencia de los salarios bajos.....	136
La magnitud de la distorsión	139
La inviabilidad de subir los impuestos	141
7. LA INMIGRACIÓN: ¿CARGA O SOLUCIÓN?	147
Bien a corto plazo, incierto a largo plazo	147
Lo que han dicho los economistas	150

TERCERA PARTE
QUÉ PODEMOS HACER

8. SOLO UN TURISMO DE SALARIOS ALTOS ES UN BUEN TURISMO	159
El turismo, ¿maná o maldición?	159
Un sector de salarios bajos.....	160
La paradoja de los dos camareros	168
Los turistas compran paisaje, pero pagan horas....	170
¿Qué es un turismo «de calidad»?	174
9. INDUSTRIA, PRODUCTIVIDAD Y SALARIOS	176
Salarios y competitividad en la industria.....	176
Por qué la productividad no es igual en todas partes	178
El redescubrimiento de la política industrial	181
La enfermedad holandesa... ..	188
...y la salud austríaca.....	192
Se trata de cambiar las prioridades	193
10. SALARIO MÍNIMO, PRODUCTIVIDAD Y POBREZA.....	196
El salario mínimo no tiene por qué generar paro..	196
El salario mínimo estimula la productividad	201
¿Qué salario mínimo?	203
Pobreza y salario mínimo	207
11. LAS NUEVAS PROPUESTAS NO SON MUCHO MEJORES	
QUE LAS VIEJAS.....	210
La renta de ciudadanía garantizada, una mala idea	211

El complemento salarial, una idea no lo bastante buena.....	219
El regreso del salario mínimo a los Estados Unidos	224
EPÍLOGO.....	231
Viejas y nuevas izquierdas, viejas y nuevas derechas	233
Lo que tienen los países más decentes.....	235
<i>Notas</i>	241
<i>Índice alfabético</i>	255

PRIMERA PARTE

PAÍSES BUENOS Y PAÍSES NO TAN BUENOS

Un país de Marca, limpio y ordenado como Bélgica,
Holanda o Checoslovaquia; o bien un país de reducto
montañoso tan bien organizado como Suíza.

VICENS VIVES, *Noticia de Cataluña*, 1954

PASADO & PRESENTE

UNA MÉTRICA DE LA DECENCIA

QUÉ ES UN «BUEN PAÍS»

Una sociedad decente es aquella que trata bien a sus ciudadanos.

Esta es la idea sobre la que he construido el libro. Es sencilla, pero no indiscutible. Muchos considerarán que una sociedad decente es aquella que, además, no importa productos fabricados en condiciones inhumanas, o mediante mano de obra infantil, no contamina en exceso, no exporta armas a según qué países, no participa en la pesca de ballenas y apoya la causa palestina. Todas estas condiciones adicionales también pesan, pero no las tomaré en consideración, lo que pone de manifiesto la primera de las limitaciones del presente ensayo.

Para medir cómo trata una sociedad a sus ciudadanos, solo tomaré en consideración indicadores materiales. Esto me permitirá llevar a cabo comparaciones internacionales, pero constituye asimismo una segunda limitación, que, si bien más adelante veremos que no es tan grande como pueda parecer a primera vista, no por ello deja de ser importante.

En concreto, solo utilizaré dos indicadores: cuánto produce un país y cómo distribuye esta producción entre sus habitantes. La prosperidad y la equidad son dos parámetros que pueden medirse y que permiten comparar el grado de decencia de las distintas sociedades —si estamos dispuestos a definir esta cualidad de una forma tan restringida.

Como medir estos indicadores no es fácil, conviene que dejemos claro por qué vale la pena hacerlo, y esto exige demostrar, en primer lugar, que realmente indican algo valioso sobre el bienestar de los ciudadanos y, en segundo lugar, que, a diferencia del clima o de la geografía, los grados de prosperidad y de equidad de una sociedad dependen de ella misma.

LA PROSPERIDAD

Solo he visitado Cuba en una ocasión, por motivos profesionales a finales de los noventa, y, pese a que iba siempre acompañado por dos funcionarios, pude ver que en el campo se araba con bueyes y que los estantes de las farmacias estaban literalmente vacíos. Es posible que haya entre nosotros quien considere estas dos cosas poco significativas; a mí me lo parecen mucho. Me interesé por la dieta de la población, que resultó ser increíblemente pobre. Los habitantes de muchos países ricos serán más o menos felices que los cubanos, pero no creo que haya ninguna duda en que sus sociedades les tratan mejor que la cubana a los suyos. He visitado muchas veces la India, también por motivos profesionales, y allí también es fácil darse cuenta de que el PIB *per capita* (que es la medida más frecuente de la prosperidad) indica algo muy importante no solo sobre el bienestar de sus habitantes, sino también sobre la dignidad con la que viven sus vidas.

Ahora bien, ¿toda sociedad es responsable de su nivel de PIB *per capita*? ¿Acaso no hay países que son pobres porque son víctimas de alguna desgracia que no está en sus manos corregir? Si considero que el PIB *per capita* es un indicador de la decencia de una sociedad es porque creo que el nivel de este indicador es, normalmente, la consecuencia de decisiones tomadas por la sociedad misma. No siempre ni en todas partes

ha sido así: la India fue desindustrializada de manera consciente por los británicos para favorecer la industria de la metrópoli, las poblaciones de algunos países fueron diezmadas por los colonizadores, más recientemente algunos países se han visto desestabilizados políticamente para favorecer el control de sus recursos naturales por parte de potencias extranjeras...

En parte para no entrar en ese terreno pantanoso, me circunscribiré a Europa, América y Oceanía, regiones en las que la injerencia desestabilizadora no es inexistente, pero sí excepcional. Se trata, por otro lado, de regiones que comparten una misma cultura —la cultura occidental—, que incluye una misma concepción sobre cómo se deben gobernar las sociedades y sobre qué es importante para sus habitantes.

En esas regiones, proclamar que el nivel de vida de una sociedad depende de la misma sociedad es una pretensión que no puede defenderse al ciento por ciento, pero sí al noventa por ciento, y con eso basta. Por ejemplo, cuando cayó el telón de acero y las sociedades de la Europa oriental se liberaron del yugo soviético, sus economías eran muy poco productivas. De hecho, esta fue una de las principales razones por las que aquellos regímenes políticos cayeron. En aquella época, circulaba un chiste que decía que había dos maneras de enderezar la situación política polaca; una requería un milagro, la otra no; la segunda consistía en que bajasen ángeles del cielo para poner orden; la primera, que esto mismo lo hiciesen los polacos. Los ángeles no han bajado y, además, la clase política polaca ha sido capaz de generar tantas disfunciones como cualquier otra, pero hoy el nivel de vida de Polonia es superior al de cualquier estado de Latinoamérica¹ y, en el contexto europeo, las previsiones son que dentro de cinco años Polonia habrá adelantado a Portugal y alcanzado a Grecia, dos países que consiguieron la democracia y el acceso al mercado europeo un par de décadas antes.² La proximidad a Alemania, que

tantos disgustos ha causado a Polonia en el pasado, le ha brindado una oportunidad, pero no hay duda de que en la base de la prosperidad polaca se halla la voluntad colectiva de integrarse en el bloque occidental adoptando, entre otras cosas, sus prácticas productivas.

La idea de que la riqueza depende de la manera de organizarse no es nueva. Parece ser que ya Jovellanos proclamó que «un país vale lo que vale su gente, y su gente vale lo que sabe», que es tanto como decir que la riqueza depende del esfuerzo que una sociedad haga por educar a sus habitantes. Son innumerables los trabajos que demuestran el carácter endógeno de la prosperidad y, por lo tanto, la falta de sentido de las afirmaciones que relacionan la prosperidad con la raza, la geografía o la cultura heredadas. El comodoro Perry, tras humillar a Japón, dejó escrito que «los japoneses se conforman con poco, y por eso nunca tendrán nada», con lo que demostraba al mismo tiempo su falta de perspicacia y la falsedad de los estereotipos culturales. Es casi inevitable hacer referencia a un libro que hace muy poco ha conseguido popularizar y precisar el carácter endógeno de la prosperidad. Partiendo de observaciones como el contraste entre las dos porciones de la ciudad de Nogales, a ambos lados de la frontera entre los Estados Unidos y México, los profesores Acemoglu y Robinson, de MIT y Harvard respectivamente, han establecido de forma muy convincente que aquello que determina «el poder, la prosperidad y la pobreza» de las sociedades es la calidad de sus instituciones.³ Es una conclusión que plantea tantas preguntas como contesta, pero que aquí nos sirve, pues las instituciones están determinadas por los ciudadanos. No por todos en la misma medida, naturalmente, sino, sobre todo, por aquellos que conforman lo que estos profesores denominan las «élites». Con esto nos basta para empezar a caminar, pues es tanto como decir que el nivel de vida de un país viene determinado por la manera como está gobernado.

La calidad del gobierno determina el éxito y el fracaso económico de los países de tres formas distintas. La primera es directamente a través del expolio, que es el concepto en que mueve a pensar la denominación, popularizada por Acemoglu y Robinson, de «élites extractivas». Respecto a esto, siempre he encontrado muy esclarecedora una anécdota que vivió un conocido que, en los años noventa, había hecho una reserva en el Hotel Plaza de Nueva York.⁴ En el momento de registrarse, resultó que no disponían de habitación para él, por lo que se le ofreció una suite presidencial por el mismo precio. Al día siguiente, el afortunado viajero preguntó por curiosidad qué tarifa se aplicaba por una noche en unas instalaciones tan suntuosas y quién estaba dispuesto a pagarla. La respuesta que recibió a la segunda pregunta fue de antología: «Solo dos tipos de personas: gente del petróleo y dirigentes de países muy pobres».

La segunda manera en que la calidad de los gobiernos determina el éxito o el fracaso de las sociedades es el grado de racionalidad en la toma de decisiones, es decir, el hecho de que los dirigentes políticos consideren o ignoren todos los costes y todas las consecuencias de sus políticas a corto y a largo plazo. Los economistas denominamos este ejercicio, que en buena lógica debería preceder cualquier decisión importante, «análisis coste-beneficio». Se trata de un trámite que en los países poco serios se considera sistemáticamente tedioso e innecesario. Carlos Medrano, que llegó a ser fugazmente máximo responsable de AENA al final de la etapa de Felipe González, lo expresa así, hablando de inversiones aeroportuarias en España: «La mayor parte de las inversiones en aeropuertos se han llevado a cabo sin justificación aparente y de espaldas a la realidad del mercado regido por las compañías aéreas, lo cual nos ha conducido a un divorcio total entre la oferta y la demanda».⁵ Resulta irritante que los responsables de las instituciones de un país tomen frecuentemente decisiones públicas con mayor frivoli-

dad que las que tomarían respecto a su propio patrimonio. Las razones siempre son las mismas: porque tales decisiones favorecen a alguien en concreto, cercano al político, porque se trata de decisiones muy populares a corto plazo (y, por tanto, quien las toma se beneficia de ellas como figura pública), o por ambas cosas a la vez. En general, nos referimos a estos dos móviles con las denominaciones respectivas de corrupción y populismo. La inversión aeroportuaria en la España de la burbuja era muy popular y probablemente favorecía a alguien cercano a través de los contratos de construcción.

La tercera manera cómo la calidad de las instituciones determina el nivel económico de un país es a través de la tolerancia con los comportamientos parasitarios, con lo que podemos denominar la corrupción de los de abajo. Hace falta mucha autoridad para perseguir eficazmente el fraude fiscal a pequeña escala, para exigir que los beneficiarios del subsidio de desocupación y de la sanidad pública no abusen, para reprimir el amiguismo en el nombramiento de cargos públicos y parapúblicos, o para evitar que los representantes laborales aprovechen su capacidad de presión sobre las empresas para conseguir privilegios espurios. Reprimir estas prácticas es costoso políticamente; dejar de hacerlo puede llegar a ser muy costoso para la sociedad.

Para expresarlo en el lenguaje de los economistas, las instituciones de poca calidad tienden a no mejorar la calidad y la cantidad del capital humano, físico y organizativo de los países respectivos: la alfabetización, la escolarización, la formación universitaria por un lado, la inversión en infraestructuras y medios de producción por el otro, y, además, el establecimiento de mecanismos eficaces para frenar las prácticas monopolísticas y para controlar los abusos de poder.

Un ejemplo de la desidia de ciertas instituciones por la mejora del país y sus consecuencias nos la proporciona la comparación entre las políticas universitarias de los regímenes autoritarios de la península Ibérica. Mientras que el tardofranquismo

apostó por la popularización de la enseñanza universitaria, incluso enfrentándose a la tímida oposición de algunas voces de las clases medias que denunciaban la «masificación» de la universidad, su homólogo portugués (la dictadura de Marcelo Caetano) prefirió que la universidad siguiese siendo minoritaria. La consecuencia es que la proporción de españoles de mi edad (sesenta años) con un título universitario es igual a la francesa y equivale a uno de cada cinco (19,4 %), mientras que la portuguesa es solo de uno de cada nueve (11,5 %). Decisiones de este tipo son las que explican la diferente trayectoria de España y Portugal en las últimas décadas.

Por desgracia, con demasiada frecuencia los economistas, tanto los de izquierdas como los de derechas, tienden a depreciar la importancia de las instituciones. Los primeros, porque les gusta pensar que los países pobres son víctimas y no protagonistas de su pobreza. Por ejemplo, algunos insisten en que los capitales internacionales invierten poco en estos países a causa de imperfecciones en los mercados de capital; Piketty dedica mucha atención a este punto.⁶ Los neoliberales, en cambio, consideran que el libre mercado dirigiría el capital financiero hacia esos países para sacar provecho de la relativa escasez de capital físico y elevaría inexorablemente su prosperidad hasta los niveles de los países más ricos... si no fuese porque los dirigentes de esos países obstaculizan el libre mercado con medidas proteccionistas motivadas por su ignorancia o su ideología. Es decir, para demasiados economistas de izquierdas los países pobres son impotentes y para demasiados economistas de derechas los países pobres son pobres porque son ignorantes.

Lo cierto es que cuando las instituciones de un país pobre han ofrecido estabilidad política, educación básica y unas infraestructuras mínimas, el capital (extranjero y autóctono) no

le ha faltado, y el caso de China es paradigmático pero de ninguna manera excepcional. La India, a diferencia de China, es un estado federal en el que las políticas respecto a la empresa varían mucho según la geografía. Los gobiernos que se han propuesto ofrecer unas carreteras decentes y un suministro de agua y electricidad fiable están consiguiendo atraer una enorme cantidad de inversión extranjera, y el ejemplo clásico es el Estado de Gujarat, del que fue gobernador el actual primer ministro, Narendra Modi.⁷

En definitiva, los países pobres empiezan a salir de la pobreza en cuanto sus líderes así lo deciden, y si estos no lo hacen no es por ignorancia o por animadversión a las leyes de la economía de mercado, sino porque anteponen sus intereses particulares al bien común.

Considerar que la calidad de las instituciones políticas es lo que determina el éxito material de los países es tanto como decir que los países pobres lo son porque están mal gobernados, y que el PIB *per capita* es un termómetro de la calidad de sus instituciones. Se trata de una línea de pensamiento que nos recuerda la visión del calvinismo sobre el éxito material de los individuos. El paralelismo es inadecuado. Los individuos venimos al mundo con aptitudes muy diferentes y, por lo tanto, el éxito o el fracaso individual no es un buen termómetro del mérito individual. En cambio, la historia demuestra que no hay colectivos humanos con aptitudes diferentes, y solo desde el racismo más trasnochado se puede defender lo contrario: los griegos, los italianos, los españoles, los chinos han protagonizado sucesivamente épocas de esplendor y de decadencia. En consecuencia, la renta *per capita* sí puede considerarse un buen termómetro de la calidad de los gobiernos de las sociedades: un país pobre lo es porque está mal gobernado, y uno rico lo es porque está bien gobernado. Una conclusión dura, pero higiénica.

Existe un ejército de comentaristas, intelectuales y políticos dispuestos a proclamar la falsedad de esta conclusión a cual-

quier precio y con todo tipo de argumentos. Es natural: los gobernantes se atribuyen los éxitos de sus sociedades, pero jamás los fracasos. De acuerdo con ellos y con sus acólitos, los puestos de trabajo se crean gracias al acierto de las políticas públicas y se destruyen a causa de crisis que nada tienen que ver con ellas. Se trata de un argumento tan manifiestamente falaz, que solo un esfuerzo persistente y omnipresente lo ha podido imponer. Así, estamos expuestos a escuchar a todas horas disparates como que Dinamarca es próspera porque está habitada por daneses, mientras que Grecia es pobre porque lo está por griegos. Esta absurda forma de razonar no siempre ha sido la dominante. Hasta hace relativamente poco, las personas cultas tenían claro que la clave del éxito o el fracaso de los países está en la calidad de los gobiernos. Así, por ejemplo, a mediados del siglo XVIII el cónsul de Gran Bretaña en Barcelona escribía que si Cataluña tuviese un «gobierno honesto» y una «constitución» como la británica, podría competir con Liverpool y Manchester, en aquel entonces mecas de la industrialización,⁸ y el embajador de España en los Países Bajos escribía a mediados del XVII que todos los gobernantes tendrían que imitar a los de aquel país.⁹ El presente ensayo está construido sobre la misma convicción: que los daneses y los griegos son fundamentalmente iguales y que la diferencia entre sus rentas *per capita* está determinada por cómo están gobernados.